

Gestalt de Vanguardia

Claudio Naranjo

Prólogo

Cuando comencé a escribir mi primer libro sobre aquello que hoy en día ha llegado a llamarse simplemente “la Gestalt”, Fritz Perls (que me recomendó escribirlo) aún vivía, y terminé su manuscrito poco después de su fallecimiento— cuando aún no existía otra cosa publicada acerca del tema aparte de los libros suyos y mi propia monografía “yo y tu aquí y ahora” (solicitada por el instituto Esalen por indicación suya). No es de extrañar que en aquel libro no citase a otro gestaltista que a Perls mismo—y eso apenas, pues sentía que lo que había aprendido de él no pasaba en absoluto por la lectura de sus libros. Nadie más había publicado aún acerca del tema, y los viejos colaboradores de Perls parecían haberse desvanecido.

Cuando Pancho Huneus —creador de la editorial Cuatro Vientos— se interesó en publicar una obra mía y le propuse el libro en cuestión (casi un cuarto de siglo después de haberlo escrito) un movimiento gestáltico había surgido no sólo en EEUU sino en Europa y en América Latina, y era de esperar que un libro sobre Gestalt diese cuenta del trabajo de otros gestaltistas. Pensé entonces agregarle a mi libro original un apéndice, que tal vez llamaría “Otras Voces”, con artículos breves o entrevistas a colegas cuyo trabajo me parecía especialmente digno de destacar.

Posteriormente, sin embargo, me pareció que la colección de tales textos abultaba demasiado el volumen de un libro ya suficientemente grueso, y es así como años más tarde aquello que había sido concebido como un apéndice fue publicado por la editorial Nueva Era como un pequeño volumen independiente —que llamé Gestalt sin Fronteras.

Diría que Gestalt Sin Fronteras fue un gesto y un pronunciamiento crítico más que una contribución al oficio de los gestaltistas. Me satisface aún haber enarbolado la bandera de una protesta ante la ortodoxia de la Gestalt institucionalizada, pero a la hora de completar el libro debí confesarme que había esperado algo más de esos gestaltistas californianos cuya actitud y forma de hacer terapia había querido exaltar. Por más que no me decepcionaran como personas ni como profesionales, me pareció que habían sido poco elocuentes ante mi invitación a hablar de su trabajo. Y así es como, pese a mi satisfacción de llamar la atención hacia la posición única de Simkin en la historia de la Gestalt, de recoger testimonios variados respecto al carácter integrativo del trabajo de los gestaltistas más fieles al espíritu perlsiano, de mostrar (a través de una entrevista con Dick Olney) como la percepción del carácter no está reñida con una actitud fenomenológica y creativa, etc.—sentí que mi intento de celebrar y dar cuenta de esa Gestalt heterodoxa que habría gustado a Fritz (si estuviese entre nosotros) tal vez habría dado mejor fruto si, en vez de acudir a viejos que ya no tienen mayor interés en hablar de sí mismos, hubiese acudido a gente más joven— que pese a no haberlo conocido, ha recibido indirectamente su influencia y trabaja en consonancia con su espíritu. Y así surgió la presente colección, que, una vez más, fue concebida como apéndice a una nueva edición del libro anterior — antes de que me diese cuenta de que el volumen del material acumulado (una vez más) bien merecía aparecer como un libro nuevo.

Identificar la forma de hacer terapia de la que hablan los autores aquí reunidos como una “Gestalt de Vanguardia” es un reto a quienes reclaman tal concepto para la Gestalt alemana e inglesa de los últimos quince o más años— que ha dado la espalda al espíritu del legado perlsiano al adoptar, en nombre de un

pretendido progreso, las actitudes y opiniones de aquello a lo que he venido apuntando como una nueva ortodoxia. Acertadamente ha hablado Francis Elizalde de “una propuesta involucionista que se toma a sí misma por una vanguardia renovada”.

Durante años me he venido sintiendo un portavoz del “espíritu de Fritz”, sin dudar de que imagino muy bien lo que Fritz diría de estar entre nosotros. Ya cuando vivía, Fritz se sintió mejor entendido y explicado por mí que por otros— y creo que se dio plena cuenta de que no sólo había sido capaz de entenderlo muy bien sino de que tenía la preparación cultural y académica necesaria para darle a su praxis una vestimenta intelectual digna. En consecuencia me di el placer de servirle, primero como un implícito explicitador, y luego como un igualmente implícito representante en el movimiento gestáltico. Y placer fue decir lo que intuía que diría, puesto que coincidió tal ejercicio con la temporada de mi vida en que —con bastante retardo— mi evolución personal de inseguro y tímido E5 (esquizoide) hacía conveniente que le diera salida a mi reprimida y agresiva subpersonalidad E8 (fálico-narcisista) —al estilo de la que caracterizó al mismo Fritz.

Imagino que lo dicho en la apertura de la conferencia internacional de México marcó el comienzo de mi guerra declarada a la ortodoxia, al plantear por primera vez mi convicción de que “la teoría de la Gestalt es rollo”. Luego, con ocasión de la apertura de la conferencia internacional siguiente, en Siena, llamé la atención a cómo el fenómeno de la ortodoxia gestáltica, expresión de que el movimiento gestáltico ha pasado —según las categorías de Max Weber— de su fase carismática a su fase burocrática— ha constituido una regresión desvitalizante y una traición al espíritu de Fritz.

Continúo en este libro la guerra, aunque no tanto con la crítica de la Gestalt gremial dominante -con su mediocridad y dogmatismo— como a través de una exhibición de retazos de lo que llamo una “Gestalt viva”. Concentraré mis críticas esta vez en esta introducción y en pocas palabras, repitiendo lo ya comentado en mi discurso de apertura de la Asociación Italiana de Counselling celebrada en Roma dos años atrás —en la cual, viéndome prácticamente hablando ante un auditorio de gestaltistas (por más que no fuese una anunciada como una conferencia de Gestalt), no pude menos que expresar algo que vengo diciendo hace mucho tiempo: que el espíritu de la Gestalt ha entrado muy poderosamente en el mundo, pero que tal vez no sea en el ambiente de los gestaltistas donde haya que buscar su más significativa influencia. Es entre aquellos que han llevado su experiencia de la Gestalt a las terapias integrativas y eclécticas, a los existencialistas y terapeutas de grupos diversos —que ya no llevan el nombre de gestaltistas— que podemos reconocer el mayor y más fecundo impacto del legado de Perls en las últimas décadas; pues la historia de la Gestalt propiamente tal desde la muerte de Perls, puede considerarse la historia de una contrarrevolución —a través de la cual este movimiento originalmente revolucionario y de naturaleza contracultural se ha querido domesticar en cierto modo, haciéndolo más aceptable a las instituciones gremiales y académicas aunque con sacrificio de su espíritu. Dije también entonces, y repito, que poco me ha gustado ver en años recientes cómo, al ir internacionalizándose la Gestalt, lo que va internacionalizado es predominantemente esta Gestalt contrarrevolucionaria, de tal modo que el fenómeno toma la forma de una colonización. Resulta de ello, desgraciadamente, que las personas más apoyadas por el gobierno y las universidades son los más cercanos a la Institución oficial de la Gestalt, en tanto

que los gestaltistas que podríamos llamar más “californianos” o “latinos” —es decir, aquellos que representan más la herencia directa de Fritz Perls que el espíritu disidente de Laura, quedan relativamente marginalizados.

Al disponerme a dar término a este libro a través de esta introducción tengo tantos años como Fritz cuando, poco antes de cumplir sus 70 inspiró entre sus discípulos la idea de festejarlo con un Festschrift, y como testigo del movimiento gestáltico a través de largos años puedo decir que una desvergonzada tergiversación de la historia ha acompañado a una usurpación. Y dicen las actuales autoridades de la Gestalt que no sólo no ha sido Fritz el padre de la Gestalt (sino sólo uno entre varios “cocreadores”), sino que ni siquiera ha sido su mejor exponente. (Paul Goodman se lleva la palma en lo teórico, Laura en ejemplaridad humana, tal vez Isador From en la apreciación justa de las cosas). Si se lee el libro acerca de Fritz publicado en los 90 por Petruska Clarkson, por ejemplo, debemos creer (y seguramente la misma autora lo cree) que Fritz ni siquiera hizo terapia después de migrar a California. ¡Sólo demostraciones de algo que mal se podría llamar Gestalt! Como testigo presencial de esa época, y más, como alguien que fue profundamente ayudado por los talleres de Fritz en el Instituto Esalen (después de años de psicoanálisis) puedo dar fe de que tales talleres llamaron la atención de terapeutas de todo Estados Unidos y luego del mundo entero. Es más, dudo que estaríamos hablando de Gestalt hoy en día si la Gestalt no hubiese llamado la atención del mundo justamente a través de aquellos talleres californianos.

Aparte de la tergiversación de la historia y la denigración del creador de la Gestalt, ha echado mano la presente ortodoxia al discutible credo de que es en la teoría (cuyo mayor refinamiento se reconoce en Goodman) que debemos reconocer el meollo de la Gestalt.

No me cabe duda que ante tales afirmaciones Fritz apenas se habría dignado a decir “bullshit” (un equivalente grosero de “rollo”).

Para mejor ventaja en su pugna por exaltar a Goodman y a Laura Perls y a la vez deshacerse de Fritz, han propuesto los actuales expertos que Fritz no sólo fue un irresponsable que terminó haciéndose hippie, sino que, después de su migración a California, se volvió autoritario, se dedicó a una especie de psicodrama y ya no se le puede seguir considerando un terapeuta existencial.

Ya abundantemente he alegado en escritos anteriores que el legado más significativo de Fritz Perls es el que recibieron sus discípulos californianos en la época en que, habiendo llegado a la maestría, adoptó la postura antiteórica característica de los existencialismos y se sintió hermanado a Buber.

Con el tiempo ciertas cosas se nos hacen más prominentes a la vez que otras pasan a un segundo plano. Así como en otro tiempo lo que más me llamaba la atención era la falsificación de la historia, el dogmatismo, la denigración de Perls y la desvalorización envidiosa de la flor de su trabajo —hacia el fin de su vida en California y Canadá— lo que más me llama la atención ahora es cómo, apenas desapareció Fritz de entre los vivos, una serie de rivales a quienes su mera presencia había reducido al silencio, usurparon su autoridad, asfixiaron el carácter revolucionario de la Gestalt a través del establecimiento de una poco creativa y nada inspiradora ortodoxia, muy a tono con nuestros tiempos de neo-conservadurismo.

Pero dejo para otra ocasión una explicación más amplia de la psicopatología del movimiento gestáltico y de su origen en la psicopatología de ciertos individuos —y paso a explicar el contenido de este libro, que en su conjunto pretende llamar

la atención a lo que me parece la G. verdadera—dionisiaca, carismática, atórica y cripto-chamanística.

Así como "Gestalt sin Fronteras" fue un libro en que quise destacar el aspecto personal de los terapeutas entre sus páginas, también a través de las páginas de éste se hace sentir de diversas maneras la persona de los gestaltistas, ya a través de mis breves prólogos a sus aportes, ya a través de una que otra entrevista. Es éste el caso de Barrie Simons, de Paolo Quattrini y de Sebastian Elseasser, y le he dedicado también una entrevista a Juan Carlos Corazza que, sin ser principalmente un gestaltista, se ha distinguido por la medida y el éxito con que ha llevado su experiencia con la Gestalt a la enseñanza del teatro, así como también a sus talleres de "teatro terapéutico".

Otro aspecto en que este libro es continuación del anterior es su énfasis en la práctica clínica. Baste con que diga aquí lo que desde mucho tiempo vengo repitiendo: que es la práctica clínica y no la teoría lo que constituye el meollo de la Gestalt. Le he pedido a Antonio Ferrara y a Joan Garriga contribuciones acerca de su manera de hacer terapia y en los capítulos 6 y 7 incluyo lo que me han entregado: Ferrara un artículo escrito ex-profeso y Garriga una transcripción de lo dicho en el curso del primer Congreso Español de Gestalt en Barcelona.

Un tema más de "Gestalt sin Fronteras" que se continúa en "Gestalt de Vanguardia" es el aspecto integrativo de la Gestalt —que la diferencia de la Gestalt ortodoxa. El capítulo 8 de Joan Garriga refleja su experiencia de gestaltista que ha integrado a su trabajo las "constelaciones familiares" de Hellinger; el capítulo 9 de Vicens Olivé trata de "La Línea del Tiempo" — surgida en el seno de la PNL, en tanto que el capítulo 11 por José Luis Pérez, del EMDR (Eye Movement Desensitization and Reprocessing).

Un tema del que se habla cada vez más en los congresos de Gestalt, no abordado en mis libros anteriores, es el de las aplicaciones de la Gestalt. Varios capítulos dicen relación con éste en la presente colección: el de Grazia Cecchini respecto a su práctica de una terapia sistémica experiencial, el de Paolo Baiocchi, a través de una sesión autocomentada en la que explica sus ideas respecto a la adaptación de la experiencia del gestaltista a las necesidades del trabajo con adictos. También es en esta sección del libro —por más que éste no esté explícitamente dividido en secciones— que incluyo la entrevista ya mencionada con Corazza, a propósito de la aplicación de la Gestalt (junto a la psicología de los eneatis) al teatro. También —y algo arbitrariamente— estoy incluyendo entre las "aplicaciones" de la Gestalt el trabajo sistemático de Norberto Levy sobre la integración de la polaridad interior entre aspectos "yin y yang"— polaridad entre aspectos receptivo y activo de la personalidad que aproximadamente se pueden describir como femenino y masculino.

Otro aspecto no tratado en "Gestalt sin Fronteras" y que he querido incluir en este volumen es el de la supervisión. El capítulo 4 por Paco Peñarrubia fue escrito en respuesta a mi invitación, en tanto que en el capítulo 6 he reunido las transcripciones de tres sesiones de supervisión realizadas por Paolo Quattrini a través de sus años de participación en el programa SAT1 bajo mi dirección².

Dos de los capítulos de "Gestalt de Vanguardia" versan sobre teoría: una sabrosa reflexión de Francis Elizalde sobre la actitud atórica y un importante trabajo de Ludwig Frambach sobre la huella de Siegfried Friedlaender en la Gestalt —a través de la influencia sobre Perls de este filósofo poco conocido. El artículo de Friedlaender constituye un tema novedoso de la presente colección a la vez que uno al que la ortodoxia no ha sabido ser receptiva, y por ello me ha

parecido pertinente introducirlo a través de algunas páginas más—escritas originalmente como prólogo a la última de las obras de Friedlander —“El yo Mágico” —sólo aparecida muy póstumamente—hace un par de años— en Alemania.

Juan Carlos Kreimer, antiguo editor de “Uno Mismo” y fundador de la editorial “Nueva Era” una vez me dijo a propósito de la entrevista realizada conmigo por Carmen Mateu (para una revista sobre la historia de la medicina) merecía darse a conocer más ampliamente —y en vista de ello la he querido incluir en el presente volumen. Pero ya que tal entrevista fue realizada hace unos quince años, he querido completar el mosaico de este libro con algo más reciente—y el proyecto de una nueva entrevista terminó transformándose en una conversación entre algunos colegas reunidos días atrás por una circunstancia de trabajo.

Así como Sasha Shulgin tituló su volumen a cerca de ciertos psicotrópicos sintéticos “Phikal” una palabra compuesta por las iniciales de “phenethylamines that I have known and loved” (fenitelas que he conocido y querido), podría yo bien haber llamado el presente libro algo así como “Gqhcya” en alusión a “Gestaltistas que he conocido y apreciado”. Ello habría tenido tal vez la ventaja de no implicar que sólo los incluidos sean admirables o de vanguardia—pero espero que esta explicación baste para evitarme tan estrafalario título. Imagino que habrá muchos gestaltistas a quienes Fritz aprobaría y que no conozco, y también entre aquellos a quienes conozco hay algunos que estoy dejando para una eventual edición del libro en lengua inglesa.

Solo a un gestaltista a quien conozco bien y aprecio mucho no he invitado a contribuir con un capítulo —pues aunque “de vanguardia”, en su práctica clínica, se adhiere a esa visión teórica de los ortodoxos que deploro. Me refiero a Riccardo Zerbetto, a quien no solo aprecio sino que quiero mucho (a pesar de su posición ideológica). En vista de que no sería coherente con el plan de este libro invitarlo a contribuir con un capítulo, lo he querido hacer presente a través de un epílogo para el cual nadie más indicado en vista de sus distinciones oficiales —como ex-presidente de la Asociación Europea de Psicoterapia y principal gestor (y también ex-presidente) de la Federación Italiana de Institutos de Gestalt.

No me queda más que desearles a mis lectores una grata y provechosa lectura, y hacer votos por que este pequeño libro, contribuyendo a la salud del movimiento gestáltico, pueda contribuir indirectamente a la salud de nuestra sociedad enajenada y violenta.

